

SOTANO por María Victoria Ibáñez

Se escurrió del galpón, sin dudar de lo que tenía que hacer, por una abertura del fondo, que conocía bien y corrió.

Corrió... era inminente un desenlace. No sabía bien cual. La situación estaba fuera de control. No tenía mucho tiempo. Venían por la huella de tierra, los camiones verdes, levantando polvareda, amenazantes. A pesar de tener sólo quince años le faltaba fuerza, estaba agotado, de tantos días diferentes a su rutina. La ansiedad de llegar hasta la casa grande y en subida, lo estaban agotando. El viento fuerte, aún a esa hora de la tarde y el frío, que ya se sentía.

Sabía que no podía parar.

Aunque tuviera pocos años, nada le garantizaba salvarse de la situación que pudiera desencadenarse en la estancia.

La gran casona de chapa acanalada, blanca, con techos a dos aguas, ventanas apaisadas, de vidrios repartidos, daban una visión cuadrada desde adentro (a todo). Era su única oportunidad.

Estaba a pocos metros. Cuando vio la puerta principal de doble hoja, al final de la escalera de cemento, decidió ir por atrás (rodeando la casa). Siempre esta entrada lo había intimidado y como peón no le correspondía. Golpeó la puerta de la cocina, con desesperación, pero guardando el respeto.

Lo atendió Doña Esperanza, por suerte, que estaba terminando de hornear unos scones (el olor era inconfundible). Algunas veces ella le había invitado alguno; cuando lo mandaban de abajo, a ayudar en alguna cosa, a la mujer del administrador. Ella su único y último recurso. Siempre había sido buena con él.

“Por favor necesito ayuda”. “¿Que pasa Juancito?”... “Tranquilo no te va a pasar nada”. “Doña Esperanza escóndame”. “No te preocupes, estas muy asustado”. “Señora Esperanza en los galpones la cosa se complicó”. “Vienen más, con la policía y ese Varela... dicen” “Juancito, anda para la puerta chiquita del sótano, que voy a buscar la llave y te encuentro allá”.

La casa traída de Inglaterra y armada en pilotes, sobre los que apoyaban los pisos de madera, tenía un sótano enorme, aunque la puerta de ingreso era chica, ya que había que agacharse para pasar. A la izquierda, tenía un lugar de guardado y conservas de verduras, en cajones de madera, llenos de arena, con zanahorias, papas y coles de la quinta, para el invierno. Y muchos estantes, con frascos meticulosamente alineados y etiquetados, de dulces, que hacían en la cocina, al mando de la Señora Esperanza. La mujer del administrador.

Administrador con el que jamás había cruzado una palabra.

Las órdenes, a las ocho de la mañana las daba el capataz de peones Don Velázquez. Los vales que repartían, como única paga de doce horas por día de trabajo, los entregaban en la oficina, una vez por mes. Para lo que había que hacer largas colas a la intemperie, aunque estuviese nevando, lloviendo o escarchando con muchos grados bajo cero. Estos sólo servían para cambiarlos en la distribuidora de ramos generales, cuyos dueños eran los mismos patrones. Generalmente era más, lo que se quedaba debiendo para el próximo mes, que lo que sobraba.

La Señora le pidió que no hiciera ruido, que se metiera más para el fondo, por las dudas. Seguramente el Teniente Varela vendría con su marido en algún momento.

Levantando polvo del suelo de tierra al caminar en cuatro patas, se fue hacia el fondo donde el techo estaba cada vez más cerca del piso y más oscuro.

Hasta las alpargatas había perdido de tanto arrastrarse.

Pudo ver que en algunos sectores que se traslucían, conos de luz amarillenta del atardecer, los que se filtraban por las rejillas del costado. Boca arriba, cerca de una de ellas, se acostó para poder respirar mejor, (o al menos eso creyó).

Seguramente estaba a la altura de la cocina y el comedor diario, se escuchaba bastante trajín y el ruido de la puerta de la estufa cuando le recargaban leña.

Cerró los ojos, en su mente, aparecieron sus compañeros, que seguirían encerrados en el galpón. Seguramente.

Cuando empezó la asamblea, por la mañana para decidir que iban hacer, los habían rodeado y nadie pudo salir, ya del lugar.

Les gritaban; “anarquistas”, “insurrectos”, “ya van a ver cuando llegue Varela, los va’cer sonar”, “por hacerse los loquitos, no les va a quedar ganas de seguir protestando”.

Camas en vez de camarotes, colchones en vez de cueros, un paquete de velas mensual, lugar de aseo... la puta madre, no creía que fuera injusto reclamar tan poca cosa. Cerró más fuerte los ojos, le bajaba una lágrima a cada costado formando líneas que se abrían camino en la cara sucia.

Se había hablado en los cuartos, en esas largas noches de invierno, que habían fusilado con cuatro tiros a varios en otras zonas, que ni los ojos les tapaban, así, como quién no quiere la cosa, los mataban.

Se adormeció, no quería pensar, respirar lento, no tenía mucho aire, la boca pastosa, la frente húmeda por la transpiración, el cuerpo entumecido de frío y cansancio, las patas heladas, dormir era lo que tenía que hacer.

¿Que estaría pasando en los galpones? Ya era grande, tranquilizarse, era lo que debía hacer...

“Señor Harryson, la tarea está terminada”, una voz fuerte pero aguda, casi gritando, de excitación, lo despertó de golpe.

Parecía que las botas, pisándole la cara, oprimiéndolo, ahogándolo, estaban sobre él, (¿Y si la mujer del administrador decía que él estaba en el sótano?). Casi vomita al escuchar (ya que seguían las voces en la cocina): “Los muy cabríos, hasta su fosa cavarón, en el faldeo de la cerrillada, afuera del casco por supuesto ...“No van a molestar más”, la operación ha sido un éxito, Señor Harryson, sólo las ovejas balan en los galpones”. Silencio...

“Pasen a tomar unos mates antes de irse, señores... “

Se humedeció la tierra hasta hacerse barro a su alrededor y no por la lluvia, que había empezado a caer afuera del sótano, de esa casa grande, en noviembre de 1921, en Lago Argentino.